

en silencio por esta parte, y las legiones de caballeros con el *abbas* rayado de blanco y de negro, se precipitaron sobre la Siria cual nubes de langostas, abatiendo con el revés de sus cimitarras mil cuatrocientos iglesias cristianas. De allí se arrojan sobre la Persia, que sucúmbe, abandonándoles el famoso estandarte de *Kaved*, del que dependían los destinos del imperio de los magos (19). Las llamas de la soberbia biblioteca de Alexandria alumbran su tempestuoso paso á través del Egipto; muy pronto saltan sobre las playas de Africa, donde en otro tiempo habia dominado Cartago, y las someten corriendo. Llegados al lugar donde la antigüedad habia colocado las columnas de Hércules, los fogosos vencedores alinearon sus corceles en largas filas sobre el estrecho de Gibraltar, y gritaron, agitando fieramente sobre sus cabezas las olas de hojas azuladas de sus espadas: "Dios de Mahoma, miradla; aquella es la tierra que falta á las conquistas de los *verdaderos creyentes*" (20). El Africa y el Asia debían encorvar sus cabezas llorosas bajo el yugo embrutecido y feroz del Islamismo, y las tinieblas de la ignorancia invadieron bien pronto el espléndido é ingenioso Oriente.

LIBRO VI.

Occidente.—Las Madonas.

CONSTANTINO, despues de haber elevado en el recinto de Roma, esa ciudad divinizada, á quien el paganismo habia colocado en medio de las estrellas (1), la soberbia basílica Laterana, habia cerrado los templos paganos; pero no tuvo la mano bastante fuerte para arrancar las profundas raíces de la idolatría. Es verdad que la mayor parte de los patricios romanos resistía obstinadamente, fiel á los antiguos ídolos del imperio; el senado mismo se dividía en dos fracciones, la una pagana y la otra cristiana, lo que hacia decir á san Ambrosio, que aquello era como si hubiese dos senados. De esos senadores idólatras era de quienes decia Prudencio: "Los sucesores de los Catones, sumergidos en un vergonzoso error, ruegan aún á los dioses de los troyanos; en el secreto santuario de sus hogares veneran los penates desterrados de Frigia; y el senado, me avergüenzo, honra al Jano de dos rostros, y celebra fiestas á Saturno."

En cuanto á la muchedumbre inmensa de proletarios, la

mayor parte se había entregado á Cristo de buena fé, y menospreciando los altares de Júpiter, se oprimía al redor de la tumba de los apóstoles (2).

La península italiana estaba dividida, como su capital, entre Júpiter y Jesus, Juno y María; la noche del error luchaba con todas sus fuerzas contra la aurora de la verdad. Los sacerdotes de los ídolos atribuían al abandono de sus dioses, las calamidades que precipitaban el imperio hácia su ruina. Si en el Latium el hambre se hacia sentir extraordinariamente, era el César que, *mal aconsejado* por los cristianos que formaban su corte, había suprimido los privilegios de las Véstales; si las fronteras eran inquietadas impunemente por los bárbaros, si los godos penetraban hasta el corazon del imperio, era porque se había destruido el altar de la Victoria. “Pedimos el estado religioso que tan largo tiempo sirvió de apoyo á la república,—decía Simmaco, prefecto de Roma, al emperador Valentiniano II,—pedimos la paz para los dioses y la patria, para los dioses indígenas; nuestro culto ha arreglado el mundo bajo sus leyes, él ha rechazado á Annibal de nuestras murallas, y á los galos del capitolio. ¡Qué! ¡Roma rehusará en sus viejos dias aquello que en otro tiempo la salvó?... ¡La reforma en la ancianidad es tardía é insultante!”

El paganismo fué vencido en esta lucha por san Ambrosio; pero no por eso continúa menos en bregar contra la *nueva religion*, que abrumó con sarcasmos, amargos desdenes y calumnias. Así fué que bajo Juliano, Roma reedificó, con un gozo delirante, el altar de la Victoria, que no impidió á los bárbaros de robarla muchas veces. Desmoralizada al ver los enemigos á sus puertas, vuelve á hacerse pagana casi toda; las ceremonias prohibidas por Graciano y por Theodosio, reaparecen públicamente; el prefecto llama á los arúspices toscanos, y el último de sus cónsules rescita, por otra parodia, las ceremonias angurales del dia de su instalacion. “Esto era ya demasiado,—dice Bossuet,—Dios se acordó, al fin, de tantos y tan sangrientos decretos del senado contra los fieles; de todas esas algazaras de gritos furiosos, con que el pueblo romano, ávido de sangre cristiana, había hecho retumbar en el Anfiteatro; y abandona á los bárbaros esa ciudad embriagada con

la sangre de los mártires.... Aquella nueva Babilonia, imitadora de la antigua, como ella soberbia con sus victorias, triunfante con sus riquezas, manchada de sus idolatrías, y persecuidora del pueblo de Dios, cae con el estruendo de una espantosa catarata; la gloria de sus conquistas, que atribuye á los dioses, se la arrancan; conviértese en despojo de los bárbaros; tomada tres y cuatro veces, es robada, saqueada y destruida; la espada del bárbaro no perdona sino á los cristianos. Otra Roma, enteramente cristiana, renace de las cenizas de la primera; y solo despues de la invasion de esos mismos bárbaros, fué cuando se concluyó del todo la victoria de Jesucristo sobre los dioses romanos, que no solamente se vieron destruidos, sino olvidados.” Cuando la idolatría estaba completamente muerta, ábrense de nuevo sus templos de mármol, se les purifica, y los mas hermosos fueron consagrados á la Virgen santísima, ante la cual se arrodilla toda la Italia con un fervor y una fé que, gracias á Dios, duran todavía. Los patricios, rivalizando en una santa envidia, fabricaron iglesias y capillas, decorándolas con una profusion que testificaba su piedad; los altares de María fueron incrustados de plata, de oro y piedras preciosas (3); lámparas no menos ricas les alumbraban; nada se perdonó para que el esplendor de la pompa religiosa correspondiese á la dignidad de la Virgen santa.

El pueblo que no tenia á su disposicion ni oro ni plata, le rinde un homenaje mas tierno, mas íntimo, mas pintoresco. Sobre los risueños ribazos del Bayés, en los fértiles campos de Campania, al fondo de las gargantas del Apenino, en los ventisqueros de los Alpes, en medio de los áridos matorrales de los Abruzos, véñse levantar de distancia en distancia humildes altares á la Madona. Aquellas pequeñas y primitivas capillas, medio veladas entre raudas de yedra, ó de verdes encajes de pámpano, se escondian humildemente bajo las añejos ramos de los bosques, y su sombra se proyectaba al medio dia sobre la suave corriente de los arroyos. Esta devocion tan fresca, tan ingénuu, si bien tan apropiada á las dulces inclinaciones y á las costumbres sencillas de aquella que es el objeto, subsiste aun en nuestros dias con toda su religiosa poesia. Victoriosa del tiempo y de las conmociones políticas, la Madona abraza

aún, bajo su sólio de follage ó de jazmin, su misteriosa lamparilla. Cada noche, el pastor de la colina, el labrador del valle, y del mismo modo añadiré, el bandido de los caminos, enciende devotamente la llama vacilante, que brilla como una estrella protectora en lo alto de las montañas, y que se asemeja á una luciérnaga del bosque; el circo de tierra que la rodea, es sagrado; en aquel lugar, el asesino mas feroz de la Calabria no osaría tirar de su puñal, y se arrodilla y ora cuando las campanas lejanas sueñan lentamente el Ave-MARIA; aquel es el último lazo que le ata á la humanidad, y es muy raro que esa ligadura llegue á romperse para siempre (4).

Estas capillitas solitarias, perdidas en medio de los peñascos, despiertan en el alma del viajero menos religioso, mil sensaciones deliciosas, parecidas al perfume largo tiempo olvidado de una flor de la tierra natal, y que nos sorprende de repente en un pais extranjero. Un autor moderno, que no ensalza mucho el catolicismo, sino por el contrario, retrata de una manera encantadora las emociones que esperiméntó á la vista de una de estas Madonas escondidas en las montañas del Tirolo, "En un recodo de la montaña, dice, encontré un pequeño nicho trabajado en la roca; dentro su Madona, y á su lado la lámpara que la devocion de los montañeses cuida y enciende cada noche en las soledades mas apartadas; habia allí tambien, al pié del rústico altar, un ramillete de flores cultivadas y recién cogidas. Aquella lámpara aun humeante; aquellas flores del valle, frescas aún, á tantas millas en una montaña estéril ó inhabitada, eran ofrendas de un culto mas ingénuo y mas tierno, que cuanto habia yo visto en este género hasta entonces. A dos pasos de la Madona estaba un precipicio, que era necesario rodear para salir del desfiladero; la lámpara de la Virgen debia ser utilísima de noche á los viajeros."

Durante la revolucion de 1793, y cuando la Francia acababa de apoderarse del reino de Nápoles, corrió el rumor de que ellos iban á cerrar las iglesias y abolir el culto de la Virgen santísima. A esta noticia, los paisanos de la Calabria tomaron sus largos fusiles; todas las campanas de esta region montañosa tocaron á rebato, y los mismos bandidos que llevaban la imágen de la Madona suspendida de una cinta roja, se mezclaron con

las tropas de línea, y pelearon como leones. Estas bandas calabresas fueron las últimas en dejar las armas (5).

De la Italia, el culto de la Madre del Salvador pasó bajo el cielo mas rígido y mas azul de las Galias. Los dioses olimpicos habian penetrado allí tras de las cohortes victoriosas de César, y los templos de Augusto y de Júpiter se elevaban al lado de los *dolmens*, los *menhirs*, y de los altares menos antiguos de Beleno. Los ídolos de los emperadores, servilmente aceptados por la poblacion galo-romana de las grandes ciudades, no tardaron en desaparecer despues de la conversion de Constantino; pero fueron necesarios siglos para destruir el culto de los árboles, de las piedras, y de los manantiales del druidismo materializado (6). En vano las virtudes activas, la dulzura untuosa, la angélica abstiniencia de los anacoretas cautivaban la admiracion de las poblaciones galas; en vano la caridad ingeniosa, la integridad sin tacha, la religion dulce y compasiva de los obispos atraia sus almas al Dios crucificado, por una santa y poderosa magia: la vista de las encinas gigantes, que se alzaban cual negros fantasmas en medio de los áridos matorrales, el aspecto de un roble cubierto de musgo, ó de una fuente divinizada, destruian en algunos instantes la lenta obra de los pastores cristianos.

En este estado de cosas, tan capaz de exasperar la paciencia mas esperiméntada, el clero galo se mostró digno de la mision religiosa y civilizadora que habia recibido de su divino maestro. El era, naturalmente caritativo y humilde de corazon; la necesidad lo hizo hábil. Impotente para romper las costumbres supersticiosas, que se ligaban estrechamente á las profundas raices del viejo tronco celta, santificó lo que no podia abolir, y cambió en gloria de Dios las prácticas mismas de la idolatría. Los *menhirs* de las tierras desiertas, donde los hijos de Teutates iban continuamente á rogar á la claridad plateada del astro encantado, á quien llamaban *la bella silenciosa* (7), fueron coronados por una cruz de granito, arrojando así, á través de los ritos idolatras, un pensamiento cristiano. Los rúbles de ochocientos años, de donde los druidas habian cortado con sus hoces de oro el *ramo de los espectros* (8), recibieron en sus troncos cavernosos la dulce imágen de María; así es como

los bárbaros encontraron, aun á la orilla de las fuentes de *las hadas* (9), las imágenes de María y de los santos.

Esta sustitucion, que anunció en aquellos que la hicieron un tan perfecto conocimiento del género humano, tuvo lugar no solo en las Galias, sino entre los belgas, los españoles y los bretones; y en todas partes fué coronada de suceso. Con el tiempo, las tradiciones misteriosas del druidismo descendieron del canto de los bardos á cuentos populares; las margaritas de los campos, el lirio de los bosques, los troncos olorosos de madre-selvas no fueron ya deshojados en la corriente de las aguas, en honor de la fuente divinizada; se les depositó sobre el rústico altar de María, y la lamparita de su capilla reemplazó las antorchas de madera resinosas con que los galos alumbraban los contornos de aquellos viejos robles, que se llamaron entonces *los robles del Señor*.

Cuando la invasion de los bárbaros, queriendo los cristianos sustraer á la profanacion de estos furiosos los objetos reverenciados de su culto, escondieron cuidadosamente las estatuas pequeñas de la Virgen en parages mas desviados y menos accesibles de sus bosques. Estas imágenes santas quedaron allí, no porque estuviesen olvidadas, sino porque la espada de los godos, de los hunos y de los vándalos abatía las poblaciones, como el segador abate la yerba de las praderas; y esto era á tal extremo, que en los países mas fértiles y mas populosos del mundo romano, el viajero caminaba muchos dias sin ver el humo de una sola cabaña (10).

Mucho tiempo despues, un gran número de estas Madonas de las fuentes y las florestas, reaparecieron con esplendor; y segun los antiguos cronistas españoles, belgas y franceses, milagros repetidos acompañaban su descubrimiento. Si una viva luz atraía de noche un cazador español, ó un pastor de los Pirineos, hacía un zarzal donde los pajarillos gorgeaban melodiosamente todo el dia, era que allí estaba una imagen de María en medio de las flores de un arbusto espinoso, y embalsamado por los perfumes de la brisa de los bosques. Otras veces, los zagales viendo á sus cameros arrodillarse en un otero cubierto de yerba finísima y sembrado de violetas blancas, escavaban el suelo donde se encontraban, y con indecible sor-

presa descubrían una pequeña estatua de madera, groseramente esculpida, pero en un estado perfecto de conservacion, que representaba la santa Virgen. Tambien sucedía que las estrellas al caer iluminaban la noche con un reguero de luz, descendiendo todas en un mismo lugar; como las luciérnagas en viage indicaban á los bandos españoles acampados bajo las torres de alguna ciudad mauritana, el lugar donde, desde el tiempo de Rodrigo, los santos religiosos habian escondido furtivamente, durante las noches de fuga y de alarma, una imagen milagrosa, para sustraerla á las profanaciones de los moros. Despues, eran caballeros sin miedo, ilustres princesas, que cabalgando con el halcon en el puño á traves de los hondos bosques de Francia ó Lusitania, descenbrian en el hueco de un viejo roble emblaquecido de musgo, ó en el fondo de algun peñasco cuyos espinos defendían la entrada, una pequeña Madona (11). A este aspecto, el poderoso baron, la noble dama, se santiguaban con un aire humilde y devoto; descendían á prisa de sus palafrenes, se arrodillaban sobre la yerba delante de la Madona, y hacían el voto de consagrarle una capilla.

Nuestra Señora de los Espinos Floridos, fué encontrada sobre una roca llena de zarzas con circunstancias maravillosas: ved aquí cómo lo cuenta una sencilla leyenda del tiempo pasado.

“No muy lejos de la mas alta cima del Jura, pero bajando un poco hácia su pendiente occidental, veíanse aún mas de medio siglo atrás, un monton de ruinas que habian pertenecido al monasterio de Nuestra Señora de los Espinos Floridos, fabricado por la viuda de un caballero, el último de su raza, muerto en la conquista del sepulcro de nuestro Salvador. La noble castellana paseábase una noche de invierno en la larga avenida de su viejo castillo. Con el espíritu ocupado en meditaciones piadosas llegó hasta el matorral de espinos que indicaba despues el lugar del monasterio, y no fué poca su sorpresa al ver que uno de los arbustos estaba ya vestido de primavera; una claridad suave y pura, como aquella que desciende al nacer la aurora, le mostró los espinos en flor, y bajo aquel cortinaje de verdura, recamado de pequeñas estrellas blancas y rayos encarnados, estaba una estatua de la Virgen tallada con sencillez de una madera grosera, pintada por un pincel poco diestro, y revestida de

hábitos que revelaban un modesto lujo: el esplendor milagroso con que estaban esclarecidos aquellos lugares, dimanaba de ella. Transportóse la imagen santa piadosamente y con gran pompa á la capilla del castillo; pero al día siguiente no se la encontró allí. La reina de los ángeles había preferido la sombra modesta de sus espinos favoritos, al suntuoso lujo de la capilla señorial; ella había vuelto en medio de la frescura de sus bosques á gustar la paz, la soledad y las suaves eshalaciones de sus flores. Todos los habitantes del castillo volvieron allí en la velada, y la encontraron mas resplandeciente que en la vijilia. Cayeron arrodillados en un respetuoso silencio. *Poderosa Señora, dijo la castellana, felicísima Santa María, pues que preferís este lugar, hágase vuestra voluntad;* y poco tiempo despues elevábase una abadía gótica en el mismo sitio en donde se había encontrado á la Madona milagrosa. Los grandes del reino la enriquecieron con sus dones, y los reyes la ofrecieron un tabernáculo de oro puro."

La Bretaña abundaba en álamos consagrados al culto de María; el mas célebre ostentaba sus ramas á la orilla del Océano sobre una colina aislada que se levanta á alguna distancia de Lesneven. Reverenciábase allí á Nuestra Señora de los Puertos, cuya estatua, que era de plata maciza, era desde tiempo inmemorial un objeto de profunda veneracion para los devotos de la Armórica. El santuario, hoy dia, está viudo de su Madona á quien robaron los *incorruptibles* agentes de la república; pero no es por eso menos frecuentado por un gran número de peregrinos de largos cabellos, de barba crecida, vestidos de pieles de cabra, que vienen á pedir á la Madre de Dios mejores dias, abundantes cosechas, ó la salud de algun pariente enfermo. Al verlos en este trage primitivo, anterior á la conquista romana, arrodillados devotamente á la sombra de los bosques y á la vista del Océano que bate sus rocas de granito con sus olas verdosas, y con los *dolmens* de los viejos héroes que marcharon á la conquista del Capitolio, os creereis transportado á la *Gallia-Comata* de Plinio, y la ilusion será luego irresistible, si entonan un canto á la Virgen en el antiguo y sonoro idioma de los celtas, el language de aquellos.

El Berry tenia tambien su célebre Madona de la Encina, la

que un señor de Bouchet, buscando su gavilan en medio de los bosques, había encontrado en el hueco de uno de estos antiguos árboles sagrados de los galos, sobre el cual el ave cazadora se había parado, como para atraer allí la atencion de su amo. La encina que estendia las dulces tinieblas de su sombra sobre la graciosa estátua de María, al redor de la cual el anémona se enredaba como el marco de un enadro gótico, superaba un islote cubierto de yerba finisima, el que á su vez era cercado por una bella sabána de agua limpida, de un pequeño lago, al que no se por qué, se había dado el nombre de *Mar-Rojo*. Esta encina llegó á ser el objeto de tantas peregrinaciones, que despues de haberse hecho una calzada que condujese allí, se le rodeó de un edificio religioso. La imagen riquisimamente adornada por la piedad de los habitantes del Berry, fué robada durante las guerras civiles de los protestantes; pero el conde de Maur hizo fabricar otra con la misma madera de la encina que tan largo tiempo la había abrigado, y que podia decir como la tierra embalsamada del poeta persa: "No soy la rosa, pero la he sobrevivido." (12)

En Picardia una pequeña Madona, estaba depositada en el hueco de una vieja encina, en el camino que conducia de Abbeville á Hesdin; esta imagen milagrosa sobre la cual la madre selva dejaba caer cual un velo de flores sus festones de olor suavísimo, dominaba un oasis de verdura que contrastaba dulcemente con la desnudez del camino espuesta á los rayos del sol, y ofrecia un descanso delicioso al viajero de á pié y al noble peregrino que como san Luis, ó el señor de Joinville, pasaba descalzo á algun lugar sagrado para cumplir un voto hecho por alguna persona querida. El bandido de los tiempos feudales, quitándose su capiruzo de paño burdo, murmuraba allí tambien un *Ave María* á Nuestra Señora de la Fé; y la castellana, despues de haber orado á los piés de la Madona, abria su limosnero adornado de blasones plateados, y dejaba caer de su mano blanca y delicada una ligera lluvia de monedas de plata, en el tronco de la vieja encina, donde el pudor evangélico de los fieles de la edad media depositaba en secreto, para el pobre, la limosna que él tomaba allí sin vergüenza, y que ninguno cogia sino él (13). El viagero, despues de concluir sus

oraciones, se sentaba con los piés estendido sobre la yerba muelle y fresca que le recompensaba de su larga caminata: aspiraba el perfume de las flores; escuchaba el murmullo de la fuente vecina, y gozaba del contraste de la fatiga pasada y del reposo presente. Pero era necesario partir, ¡qué lástima! ; La sombra era tan bella! ; la yerba tan blanda! ; el murmullo de la fuente, que parecia acallar su ruido para no cubrir el ligero sonido de la oracion que subia dulcemente hasta María, era tan encantador!.... Santiguábase, al fin, murmuraba un ruego de despedida á la Virgen, deslizaba una moneda para el enfermo arrodillado á la orilla de la zanja, y sus bendiciones le seguian por el camino? “; Buen viagero! ; que Nuestra Señora os libre de todo mal!” y volvía la cabeza al recodo del camino, para arrojar una última mirada á la encina de Nuestra Señora.

El Anjou, donde los peregrinages de María datan desde un tiempo tan remoto, tenia, cerca de la aldea de Sablé, su encina contemporánea de los Plantagenets, y adornada de su Madona no menos antigua. Al pié de los bosques, sobre la frontera de la Lorena, una enorme encina gala, que los paisanos llamaban aún, por una antigua costumbre, el *árbol de las hadas*, llevaba en su seno, suavemente tapizado de musgo, una blanca y misteriosa imágen de la Virgen, delante de la cual Juana de Arco, la santa hija, iba devotamente á orar con todo su corazon contra aquellos mismos ingleses á quienes ella debia muy pronto hacer huir ante sus banderas. El Hainaut truvo tambien sus viejas encinas con imágenes milagrosas; á la España y al Portugal tampoco le faltaron; y en Inglaterra, bajo el reinado de Carlos I, veíase aún á sus hijos católicos invocar de rodillas á la Madona ausente, y Evelino nos dice, que se daba á estos árboles el nombre de *encinas de la procesion* (14).

Pero de todos los monumentos del reino vegetal que han sido consagrados á María, no hay ninguno que pueda disputar en belleza á la encina de Allouville, en el pais de Caux. La circunferencia de este viejo hijo de la tierra, es de treinta y cuatro pies bajo sus raices, y de veinte y seis á la altura de un hombre. El ostenta la cima grande y escavada del cedro,

y sus vastas ramas, que nacen del tronco á ocho pies de su base, se estienden horizontalmente hasta cubrir un grande espacio de terreno. El interior del árbol está hueco en toda su profundidad; habiendo sido destruidas las partes centrales hace muchos siglos, solo subsiste hasta ahora por la corteza y por los criaderos interiores de la albura; mientras tanto, cada año se cubre de bellotas y se adorna de un espeso follage. Se ha construido en la cavidad de esta encina, que data al menos desde novecientos años atras, y que ha visto caer los bosques druídicos, una capillita encantadora, revestida de mármol, en donde la imágen de María decora el altar. Una reja guarda este santuario, sin ocultar la santa imágen á los ojos del viagero. Debajo del santuario hay una celdilla; habitacion digna de algun nuevo *Styrita*, á donde conduce una escalera espiral que da vuelta al rededor del tronco. Esta habitacion aérea cubierta de un techo puntiagudo, forma un campanario superado de un cruz de hierro, que se eleva de una manera pintoresca bajo las ramas de la encina (15).

En ciertas fiestas del año, y sobre todo en la fiesta de la patrona, la capilla sirve para las ceremonias del culto, y las poblaciones de las aldeas vecinas se reunen en tropel á los piés de la Virgen gala, que parece envolverlas maternalmente bajo su fresco manto de verdura. Estas buenas gentes aman entrañablemente á su Madona, y lo han probado. En la época desastrosa en la que todo cuanto tenia un culto era proscrito, cuando la menor manifestacion del catolicismo era castigada de muerte, una tropa de revolucionarios de Ronen marchó belicosamente hácia Allouville, con la intencion decidida de quemar la encina secular junto con la Virgen que abrigaba. Los paisanos de Normandía, aunque menos susceptibles de entusiasmo que los bretones, se reunieron armados bajo la encina, y rechazaron tan vivamente á los republicanos, que aquellos partieron con solo la vergüenza de su inútil tentativa. En lo mas fuerte del Terror, cuando los cantos piadosos habian cesado en todas partes de la Francia, cuando un pueblo enloquecido, adorando á Marat sobre el altar de Cristo (16) vociferaba: *¡No hay ya mas santos, no hay mas Dios, no hay mas alma inmortal!*—veíase levantar del medio de las ramas

nudosas de la encina de Allouville, la cruz de hierro de la ermita, y se leía aún sobre el frontispicio de su capilla esta inscripción dulce y tierna: A NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ.

Bajo los sucesores de Constantino el Grande, las Galias, donde el paganismo perdía terreno cada instante, se habían hecho cristianas casi enteramente. Desde los tiempos de Teodosio contenían diez y siete metrópolis, dedicadas la mayor parte á María, y ciento quince obispados, que gobernaban otros tantos obispos de gran saber, de una rara piedad, de una caridad sin límites, y cuya ilustre sangre se añadía á su influencia. El cristianismo se esforzaba entonces en dar costumbres santas y severas á estas poblaciones galas, apasionadas por los juegos del circo, las carreras de carros, y los placeres seductores del teatro; voluptuosidades enervantes y dañosas que Roma, pagana y corrompida, arrojaba políticamente como cadenas de flores á los pueblos primitivos á quienes había tenido el trabajo de someter, y todo esto para quitarles el valor. Los obispos, que han sido tan ligeramente acusados de haber pactado con el paganismo, tan solo porque fueron impotentes para arrancar aquellas malas raíces paganas, ponían, por el contrario, todo su cuidado en estirparlas; y se lisongean ya de conseguirlo, cuando de repente, en medio de una profunda paz, y mientras que la Galia pasaba sus días sin cuidarse del mañana, tranquila por las legiones que acampaban en sus grandes ciudades y en las sesenta fortalezas que protegían sus fronteras contra los bárbaros, ved aquí que el ruido de las trompetas guerreras se deja oír á la orilla del río que la separa de la Germania.... Al instante mismo espesos batallones enemigos se precipitan en las llanuras, donde los ecos repetían débilmente aún los últimos retornelos de las canciones galas; los campos devorados por el hierro y el fuego, los ríos tintos de sangre, las ciudades abandonadas al pillage, los circos demolidos, los templos de mármol de los antiguos dioses del imperio despedazados por el suelo, y las iglesias cristianas profanadas, anuncian la aproximación irresistible de estos feroces guerreros del Norte, cuyos dioses llevaban los títulos significativos de despobladores y padres de la matanza; entonces se lanzan de una vez sobre la Galia, como un ava-

lanche que se derrumba rugiendo por la pendiente de las montañas; el guerrero no tiene tiempo ni aun de tomar sus armas, y el espanto quita hasta el pensamiento de huir; los pobres y los opulentos, todos, todos experimentan igual suerte.... Un velo opaco y tenebroso, parecido al velo negro que la tempestad estiende sobre el horizonte de los mares, cuando las olas espumosas y cargadas de algas se estrellan con furor contra los arrecifes de la costa, cubre la bella provincia romana, y no deja brillar sino el color de la sangre y el resplandor de las armas. Desde el Rhin hasta los Pirineos, desde el Mediterráneo hasta el Océano, la Galia, en otros días tan floreciente, no es sino un vasto teatro de desolación y carnicería. Esta época desastrosa, que vió derrocarse en desecho polvo el coloso romano, y que cambió la faz de la Europa Occidental, fué la espantosa vorágine que se tragó la civilización antigua toda entera; y Robertson, el grande historiador inglés, no vacila en decir, que si él fuese llamado para designar el periodo mas deplorable de la historia del mundo, nombraría sin vacilar aquellos tiempos que empiezan con la muerte de Teodosio el Grande y concluyen con el establecimiento de los lombardos en Italia.